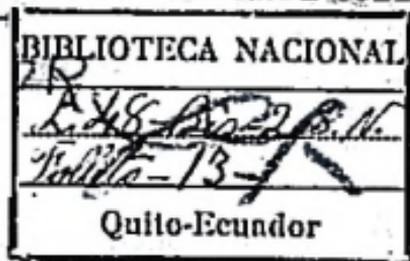


ALEJANDRO ANDRADE COELLO



PLAZA



QUITO.—ECUADOR

JMP. POR R. JARAMILLO

1905

PLAZA

UANDO el Sr. General Dn. Leonidas Plaza G., que hoy ha vuelto á la condición de simple ciudadano, era el Primer Magistrdo de la República; cuando podía distribuir dádivas y tentar con cargos espectables; cuando iban hacia él, tal vez de rodillas, los que anhelaban escalar las altas cumbres gubernativas; cuando el vértigo de la altura mareaba á tantos débiles; cuando las promesas halagadoras ó las risueñas esperanzas movían el incienso de la interesada alabanza, nada dijimos en pro del ayer Jefe de la Nación, y sí algo en contra, dentro de los límites de la cultura, justicia y racionalidad. Ningún acto de humillación ha manchado nuestra pluma. Somos desabridos por temperamento: no gustamos de.

las mieles de la lisonja ni de las charlas de la zalamería.

Censurar con acrimonia, en la actualidad, al que acaba de bajar del poder, sería una villanía, hasta por aquello de que del árbol caído todos hacen leña; consignar los hechos culminantes de su Administración, aplaudir únicamente lo bueno, dejando lo demás para el juicio imparcial y sereno de la Historia, he aquí una obra lógica, aconsejada por la equidad y por la conciencia honrada que no se ofusca en medio de la humareda que levantan las pasiones políticas y los intereses de bandería.

El Sr. General Plaza, con honradez y patriotismo reconocidos, ha hecho cuanto ha estado de su parte por el adelanto y bienestar del país.

Los ecuatorianos hemos gozado de muchas garantías en medio de la saludable atmósfera de la paz, siendo la principal de ellas la libertad de imprenta, que nadie puede negar. Ningún periodista ha sido amenazado, vejado, proscrito, ni siquiera fusilado en imagen. Ni la fuerza ni el crimen se han puesto en juego contra los que emiten su pensamiento en público. Gordos y satisfechos

pasean por las calles los enemigos del General Plaza, aun los que, con frases grotescas, con cínicas imposturas, han llevado su inquina y pésima educación, á lo inviolado: el santuario del hogar, sobre el que han querido, con sacrílega mano y con burlas sangrientas, arrojar lodo pestilente.

Los escarabajos más humildes volviéronse águilas y pavos ruantes, merced á la impunidad. Hincháronse de soberbia al verse agujoneados y aplaudidos de los ilusos, y la excesiva libertad de que gozaban, por una metempsicosis asombrosa, los volvió insolentes. Creyéronse entonces grandes, y hasta los militares separados del servicio por rateros, ineptos y desleales, aprendieron á apostrofar, ora en són campanudo, ora como no lo hace un mozo de cordel; aprendieron ortografía para denigrar al que era su Comandante en Jefe, saltando así, no sólo á las más rudimentarias reglas de la disciplina, sino de la educación. No hablaron con la urbanidad en la mano ni descubiertos cual incumbe á los caballeros, sino como gente que dejaba asomar el pelo de la dehesa. En las Bibliotecas, registrando ciertas publicaciones periódicas y la colección de hojas volantes, hallaréis,

á cada paso, confirmadas nuestras frases, que encierran verdades como un templo.

Nunca los nubarrones de la diatriba, del insulto propio de la canalla, del más negro livor, han empañado el cielo de la patria. Por todas partes se han desatado tempestades torrenciales de calumnia, de rabia, en forma de pasquines, de anónimos, de periodicuchos mal olientes, repugnantes. La prensa ha fulminado rayos y centellas y ha vomitado sapos y culebras contra la Administración del General Plaza. Y este joven reformador, impasible como la esfinge, ha dejado, con admirable magnanimidad, pasar el simún desolador. No ha tenido miedo á nada. Aun en los momentos de más agitación y peligro se le veía cruzar solo por los lugares más á propósito para una embocada; recorrer la ciudad sin temor á la sorpresa.

Hasta los que se decían comulgar en un mismo credo, le han atacado y le atacan ruinmente todavía. La oposición ha rugido con formidable testarudez. Y en medio de todo, los ciudadanos han disfrutado de plena libertad. La guerra ha sido sólo con tipos de imprenta, plomo que á las veces suele dar la vida.

Frutos de la libertad de im-

prenta y del sociego general han sido también el florecimiento de las letras, con el abundante comercio de ideas de estos tiempos, y el adelanto de la juventud que ansía instruirse. Fijaos, si dudáis, en el número de Centros de estudio y en los periódicos que pululan como por generación espontánea. (1)

(1) Prueba palmaria de la libertad de imprenta es el "Album de autógrafos" que acaban de regalar al Sr. Gral. Plaza. En él constan millares de firmas honorables, de hombres de diversos partidos, que hacen la declaración siguiente:

"Los que suscribimos, convencidos de que la manifestación escrita del pensamiento es una de las más preciadas conquistas de la civilización, y de que el Magistrado que la garantiza ampliamente, encarna y defiende la idea republicana en la más fecunda y grandiosa de sus aplicaciones;

Hemos acordado dejar constancia:

De que el Jefe del Gobierno Nacional de 1901 á 1905 respetó, como ningúno, la libre emisión del pensamiento escrito;

De que la prensa ecuatoriana ha ejercido irrestrictamente ese derecho, sin otra sanción moralizadora que la resultante de la propia obra de aquélla; y, por último,

De que el ex Presidente de la República, General Don Leonidas Plaza Gutiérrez, por tales consideraciones, es acreedor á un voto de aplauso espontáneo y justiciero.

Quito, á 20 de Septiembre de 1905.

(Aquí las firmas)"

Saltan después á la vista las reformas sociales implantadas sin violencia, sin recurrir á las bayonetas ni al cañón fratricida, y sólo apoyadas en la ley, único motor de los avances del progreso, orden y tranquilidad de los pueblos.

Viene, en seguida, el punto capital: la Hacienda Pública. El Sr. General Plaza, con sus nobles é íntegros cooperadores, la salvó de la bancarrota en que se hallaba y resolvió con acierto el problema económico, poniendo coto á los abusos en materia de concesiones, despilfarros, contratos ilegales y subvenciones á periódicos turiferarios. Abrió paso, gracias á la confianza que supo inspirar, al crédito nacional y consiguió, por último, que los Bancos, que tenían cerradas sus puertas al Erario, dejaran, con grandes facilidades, sus arcas á disposición de las fiscales. Así se equilibró el servicio Administrativo, colocado en caso de menos valer por viejos descuidos, por descuentos á los empleados y por los inmensos déficit que arrojaban los presupuestos de sueldos y gastos anuales. Pagó las deudas antiguas, algunas hasta del principio

del siglo XIX, verbi gracia del año 1833, punto de partida.

Entre otras que no citamos, las seis obras más trascendentales de la Hacienda Pública han sido: el recobro de las Colecturías del litoral, la Consolidación de la Deuda de los Bancos, el arreglo de la Deuda Externa, la Consolidación de la Interna, el rescate del ramo de la sal y la, más que cumplida, religiosa atención al servicio de intereses y amortización de los bonos del Ferrocarril del Sur, teniendo en jaque á esta Compañía para que cumpla con sus contratos; obras llevadas á cabo con suma honradez, laboriosidad y patriotismo.

De la Deuda Externa han conocido las Legislaturas de dos años sucesivos, dando la primera un voto de aplauso, confianza y agradecimiento á los señores Dn. Lizardo García y Dn. Juan F. Game, Comisionado Fiscal para el referido arreglo, en Londres, y Ministro de Hacienda, respectivamente; y la segunda ocupándose, en ambas Cámaras, de estudiar con prolijidad este asunto y sacar en limpio, no sólo la probidad de esos altos funcionarios, sino también el tino y talento con que se manejaron, á despecho de sus rabiosos enemi-

gos, empeñados en desacreditar al país en la persona de dos de sus ilustres hijos. Somos quizá la única nación que nada debemos en el exterior.

No conocemos la lisonja ni la adulación que raya en servilismo. No hay riesgo, pues, de que pequen de parciales nuestras palabras que vamos á consignarlas con orgullo, haciendo justicia á un hombre, laborioso y modesto, que durante la Administración del General Plaza le ayudó á soportar la pesada cruz del que está en ese como Calvario del Poder, para ludibrio de tántos y tántos descontentos, para blanco de los eternos acusadores y fariseos, que principalmente dirigen sus saetas contra la Hacienda Pública. Este hombre patriota es Dn. Juan F. Game, que con menoscabo de su salud y de sus más caros intereses, desafió, con estoica sereridad, las tormentas de los malos, y consagró su vida al mejoramiento de ese ramo tan importante para el Estado.

Con la bondad de un justo, con el desprendimiento de un Cincinato, con la constancia de un benedictino, trabajó en esa obra de romanos que se denomina el arreglo del Erario Nacional.

Su presencia en el Ministerio

de Hacienda es la más elocuente y solemne protesta contra los que intentaron amargar la existencia del hombre de bien á carta cabal, del ciudadano sin pretensiones, del varón íntegro, generalmente conocido en las altas esferas de la honorabilidad, que se llama Juan F. Game. Echar sombras sobre él sería insultar á Foción. ¿Recordáis lo que los atenienses arrepentidos hicieron más tarde? Levantáronle un monumento im-percedero. Beber así la cicuta es inmortalizarse.

La Deuda Interna ha estado bien atendida, de manera que los bonos expedidos han mejorado ante el concepto universal y ha subido rápidamente el tipo de su cotización, gracias á la formalidad en sus sorteos y al pago de intereses. El crédito público, que ascendía á una suma colosal, ha sido cancelado en gran parte, probando así el ex Presidente Plaza que la Ley de la materia, con dificultades y cortapisas, sólo tendría motivo de subsistir en tierra de tramposos, donde no se satisfaga lo que se debe. Con la Ley de Consolidación, de 12 de octubre de 1903, reformada en 1904, se han obviado muchos inconvenientes que había para que se abonaran de preferencia ciertos créditos,

dignos de respeto por el mismo buen nombre del Gobierno, dada la naturaleza de ellos. Hoy quedan más garantizados. Con motivo de los saldos menores que arrojaban algunas deudas cubiertas en Bonos, el Departamento de Hacienda confirió Certificados, que son dinero al contado, en virtud de la Ley de Consolidación. Esto halagó á los agiotistas, y hubo usurero desvergonzado que especuló con el sudor de los servidores de la patria, los soldados. El Ministerio de Hacienda denunció inmediatamente este abuso inculcable á la Junta de Crédito Público y ésta dictó disposiciones salvadoras, gracias á las que los individuos de tropa han percibido, en sus propias manos, el dinero que les corresponde. Los hurtadores, el calificativo es exacto, reventaron.

Todavía en algún diario local se levanta el himno de agradecimiento de la tropa, por la filantrópica y honrada medida que en pro de ella se tomó. La alabanza genuina de la pobre gente de cuartel que continua recibiendo personalmente los saldos de sus haberes atrasados, es la prueba más laudatoria de la honradez con que se han manejado las arcas fiscales y el más insigne bofetón

á los que, con hambre y mala fe, han insultado á los funcionarios immaculados, precisamente porque éstos cortaron á tiempo las dañadas tendencias de los pícaros que ansiaban envolver en sus redes al soldado, abusando de su inopia, de su debilidad, de su ninguna versación en el trámite señalado por las leyes.

En el Registro Oficial publicóse, constante y oportunamente, la atinada resolución de la Junta de Crédito Público en orden al pago de certificados de Tesorería. Y hasta ahora el gobernador de la Provincia continúa vigilando tales cancelaciones.

Al terminar su Administración el General Plaza, quiso dejar al sucesor redimido ya un ramo importantísimo, tal vez el de más rendimiento, la sal, que por largos años ha permanecido prisionera en una cárcel muy grande: la Sociedad de Crédito Público; prisionera por empréstitos atrasados. Hoy ya empieza el Fisco á disponer de ese valioso artículo.

El servicio del Ferrocarril, he aquí el magno problema económico resuelto con grandes sacrificios, á fin de salvar el crédito de la nación. Esas sumas enormes que se requieren para atenderlo han sido conseguidas sin gravá-

menes para el Erario, á pesar de que la Ley de Presupuestos no se ha preocupado de salvar positivamente este déficit. La Administración Plaza, por sólo este hecho, merecerá la enhorabuena de las futuras generaciones que juzguen con mesura este como milagro de la Hacienda Pública.

Tal ha sido, en lo relativo á ella, el desenvolvimiento de la economía política nacional, de este gran factor que el sabio italiano Jerónimo Boccardo llama *ciencia de la libertad humana*, estudiada en nuestro siglo de positivismo mucho mejor que lo hicieron Aristóteles, Cicerón y particularmente Xenofonte, que ha desarrollado su doctrina económica en obras como *De la Hacienda de Atenas y de los varios medios de aumentarla* y el *Económico*, para no citar otras.

Le hemos dedicado capítulo especial, aunque no con la extensión que aquélla se merece, siquiera con nuestro buen ánimo, porque es el punto capital, la vida de los pueblos. He aquí el secreto de la paz. Un Gobierno honrado disfruta de los bienes de Octavio. Cuando la Hacienda está limpiamente manejada, es imposible la revolución, por más que griten las pasiones desapoderadas.

Por defectos que hallen en el período presidencial de Plaza, por lo menos sus peores enemigos dirán para su capote: fué honrado.

De otro modo, la guerra sin cuartel que en este punto se le ha hecho hubiérase convertido, cuanto antes, en positivo incendio tumultuoso, al haber algo de verdad en las inculpaciones que le han dirigido, injusta y descaradamente.

Unido á la honradez el trabajo, prosperan las útiles teorías de Adam Smith, Tomás Roberto Maltus, David Ricardo, Juan Bautista Say, Pelegrin Ross, J. V. Ferrer Estrada, Storch, Carey, Mill, y otros, en lo tocante á las fuentes de riqueza, causas de la escasez de recursos pecuniarios, agrícolas y comerciales, y manejo de las rentas. Una legión de sabios ha estudiado la economía política, sobre todo en Inglaterra, por lo que la llaman ciencia británica. Respondan Stuart Mill, Banfield, Senior, Macleod, Scrope, Bagehot y cien prácticos y profundos pensadores más acerca de las fuerzas de producción, ahorro y administración de capitales.



La cuestión religiosa, el eterno caballo de batalla para los dis-

turbios y matanzas fratricidas, ha sabido resolverla con algún éxito, dando más amplitud á la conciencia encadenada por temores cervales y estrechez de miras, hijos de rutinas hoy en desuso, porque el estudio y la razón las mandaron á archivar hace rato.

Con todo, no por falta de voluntad, pero sí de apoyo, no pudo lograr que se suprimiera cuanto antes el art. 12 de la Carta Fundamental que impone una religión al Estado, error gravísimo consignado en los dogmas del Derecho Público moderno.

Sin embargo, tenemos una Ley de Cultos que es el primer paso en el sendero de la reforma religiosa, que ya no asusta á la juventud de hoy día, que va profundizando su aprendizaje filosófico.

En virtud de esa Ley, se han hecho algunos pinitos en el camino del progreso, sin llegar todavía, en el terreno de la práctica, á la exclaustación de las comunidades religiosas; á la reglamentación policial definitiva del culto; á la expulsión de las congregaciones monásticas que se burlan de las leyes ecuatorianas, insultan el sentimiento y dignidad nacionales y son mortífero cáncer social; á la prohibición de inter-

nados, donde fracasan la salud, las buenas costumbres y los más santos afectos, donde se olvida el hogar y se inutiliza al futuro ciudadano ó la madre de familia encierne, que salen al mundo sin bríos para las luchas por la vida; á la redención de la enseñanza, rompiendo los viejos moldes y las carreras de cajón, abriendo horizontes más hermosos á la juventud, haciéndola únicamente civil y dándole sabor patrio, para que las futuras generaciones cultiven el espíritu público que tanta falta nos hace.

Médico, abogado ó fraile, de ahí no se pasa. La sociedad deplora las tremendas consecuencias de esta trinidad vulgar, que atrofia las inteligencias, roba á la industria sus robustos brazos, ataca la vida, propaga el error, siembra el fanatismo, invade la propiedad y es la filoxera de estos pueblos chicos que no salen de la rutina togada, con bonete ó con muceta. La vida se pierde por falta de cultivo. ¿Cuál es la vida de las naciones? La industria, la agricultura, plantas exóticas que aquí mueren por falta de riego. No tenemos sabios ni industriales; pero á cada paso tropezamos con papanatas y zopencos, á quienes hay que tratar con muchísi-

no respeto, porque son *doctores*. Tan elástica es esta palabra que se ha extendido hasta á los abogados ramplones. ¡Doctores! ¿Y qué enseñan? Desgraciada de la aldea en que pululen estos bichos. Harán el papel de langostas y alacranes: después de arrasarlo todo, después de comerse todo, acabarán por destruirse entre sí. Y cuando las luchas de la vida no les permitan saciar sus hambres, se suicidarán, física ó moralmente, clavándose ya el aguijón mortal de la quiebra fraudulenta y la deshonra, ya una astillita de plomo de esas de Smith y Wessons.

Nos referimos á los doctorzuelos.

Recórranse, una por una, las provincias de la República, y se verá que son más desventuradas, más pobres, más anémicas, con hambruna, con tisis agrícola, con degeneración comercial, aquéllas que tienen más *doctorcillos*, que lo mismo sirven para un fregado que para un barrido y que por sus conocimientos son como un cajón de sastre.

¡El Médico! ¿Y qué? Los secretos de la ciencia, las maravillas de la cirugía, las encumbradas deducciones fisiológicas, los rebuscamientos de la terapéutica, las

investigaciones de la patología en pañales están entre nosotros. Salvo contadísimas excepciones, los médicos son curanderos despreciables, solemnes empíricos quematan con ignorancia y sangre fría, pero sin perdonar el honorario. Y no puede ser de otro modo. Estudian á troche y moche, vagando la mayor parte del año escolar, que no se condensa sino en uno ó dos meses; practican poco y sin útiles ni instrumentos necesarios; confían más á la teoría y á la memoria lo que debieran dedicar al análisis y experiencia. Una vez graduados á mal y mal cabo, trabajando tesis deficientes ó entresacadas de las obras de consulta, se olvidan de los libros y dedican su tiempo á las diversiones, á libar copitas aunque sea de aguardiente de caña. Tal es la ciencia infusa de los flamantes Galenos, tal la sabiduría de esos Hipócrates de pega.

Y el estado de salubridad de la población empeora cada día. Nadie se preocupa de estudiar el fenómeno. Las afecciones pulmonares y hepáticas diezman á la pobre humanidad. El tifo hace su agosto.

¿Dónde están los antídotos microbianos? ¿Dónde la guerra á

los microorganismos? ¿Cuáles son los especialistas? ¿Quiénes han seguido la evolución del bacilo de Koch? Sin embargo, despreciando á los micrococos, neumococos, bacilos de Eberth, neumobacilos de Friedländer, se creen más sabios que Pfeiffer, Netter, Nocard, Charrin, Courmont, Amrusch, Friedreich, sin haber escrito un tratado, pero ni uno solo. Los casos morbosos se multiplican y la mortandad anda á caballo, como los doctores.

¡El Abogado! Rinde sus exámenes por arte de birlibirloque. ¿Qué adelanta la jurisprudencia? No mejora el estado social, no se resuelven las colisiones de derecho, no se profundizan las ciencias públicas. Sólo germinan los sofismas y rebullen las tinterilladas, como renacuajos en un charco. No se nutre la razón, mientras se da pábulo á la mentira. Caquécticos intelectuales, nada de provecho hacen. Y así las fortunas se dividen, las familias se odian, la propiedad se malbarata, y montañas de papel sellado y de derechos judiciales absorben la riqueza particular, que pronto queda en tierra. De los malos abogados se forman los agitadores polítics, los intrigantes, los revolucionarios. Si lo negro se

hace blanco, si el criminal es inocente, si la estafa es honradez, ¿qué moralidad espera la sociedad? Todo lo enredan y amalgaman. Van nulidades al Foro y cometen barrabasadas que tiembla el misterio. Un abogado nos decía que no le gustaba el Quijote; por esto no había terminado su lectura. ¡Cuánto daño para la República ocasionan legos de este jaez que se meten á legisladores! Allí están las leyes: fárrago de contradicciones, de obscuridades, de incoherencias. ¿Quién sale triunfante de ese dédalo? Son deficiencias de la ley, suelen agregar.....

Entre tanto, duermen el sueño eterno Tarde, Ihering, A. Menger, Giddings, Posada, Ortolán, Cussy, Bélim, Cauchy, Fiore, Bluntschli, Slory, Massé, Savigni etc.

Ha de entenderse, repetimos, de los picapleitos, de los abogados pésimos. Igual advertencia hicimos al referirnos á los médicos.

¿Y los doctores de la Iglesia? Frailes ó clérigos, conventuales ó seminaristas, por lo general vienen de la chacra, del pueblo humilde, con todos los modales del campo y las bravuras de la bestia montaraz.

Seres improductivos, estériles, están contra los principios de la

más elemental economía: consumen mucho, pero no fructifican nada. Encerrados entre cuatro paredes, si son regulares, ó en las lejanías del villorrio, si seculares, su esfera de acción es limitada, nula en cuanto á los progresos de la humanidad; pero grande y provechosa para sus bolsillos en lo que atañe á la conquista de almas cándidas. Por algo disponen del confesonario y de la colecta descarada. La caridad pública esplotada es por las congregaciones mendicantes y la ignorancia por los curas, que hacen de la clase más desvalida, de los indios, acémilas, esclavos miserables, obedientes y crédulos.

¿Cómo mejoran la raza? ¿Qué les enseñan á los ignaros? Nada de utilidad. A vestir y adorar mitos aprenden por miedo y por inopia. En fiestas gastan sus escasos jornales: éstas son focos de inmoralidad, porque concluyen con la embriaguez y con el odio; terminan muchas veces con el crimen, matándose á palos entre ellos. Recuérdense los fandangos místicos de algunos pueblos como Amaguaña, San Juan, en los que, después de alabar á sus santos patronos y llevar la Hostia en alto, se dan sendas palizas y combaten como energúmenos.

Qué hacen entonces los curas? Prohiben por ventura esos salrajes regocijos? Los fomentan más con el milagro, contando á los indios, por ejemplo, que en 1585 ó 1586 un carpintero Diego Robles ó Perogrullo, pongamos por caso, esculpió la imagen de una Virgen, á la que llamaremos N, Q, de la Peña, ó de Oyacachi, y que ésta es un prodigio, pues á Juan Lanás que se tiró al río, desde la altura de un puente la Virgen le detuvo haciendo que se enredara en las espuelas; á la hija de la india Marta Sumanguilla ó Mama Ocllo que un oso blanco devoró, la Virgen le vuelve á la vida (no al oso, desde luego); á Francisco Guacán ó Perico de los Palotes que de un feroz achazo se cortó la pierna, le dejó curado al instante, á pesar de que el miembro destrozado sólo quedó unido al cuerpo por dos nervios; á Juan Villázquez ó á Bertoldino que corre á ahorcarse en el árbol de un cementerio, movido por los celos, la Santísima Virgen, aplaudiendo su acción, le premia con la vida. Y siguen los cuentos burdos, porque no se necesita esfuerzo de imaginación para inventar disparates.

Con juventud que va por tan infecundos y trillados caminos,

¿qué esperanza risueña puede tener la patria?

¿No sería mejor difundir la enseñanza primaria, á fin de que todos supieran leer y escribir, que fueran ciudadanos antes que *doctores*?

El bachillerato, tal como se entiende entre nosotros, es un mal para la sociedad. Educación superficial, aprendizaje vulgar, llega á la pedantería. Es vergonzoso entonces labrar la tierra, ocuparse en faenas manuales, tener un oficio, ser artesano. Esto queda para el pueblo ruin: el bachiller ya no es pueblo, sino doctor en ciernes, hombre de letras, sabio en embrión.

¿Dónde los conocimientos precisos para la vida práctica, para las necesidades del porvenir?

Durante la Administración del Sr. General Plaza, la ciencia ha dejado huella imperecedera. Sin contar las publicaciones debidas al maduro examen, la Misión Geodésica francesa emprendió sus trabajos, de resonancia universal, secundada por el Magistrado que acaba de descender del solio. Su Gobierno la ha ayudado eficazmente, prestándole facilidades físicas y morales. Esta Misión científi-

a ha demostrado su gratitud, condecorando con la gran Cruz y la Legión de Honor á algunos de nuestros militares.

El Ejército ha progresado también. Su nivel moral es distinto del de antaño. El primer acto del General Plaza fué de selección de la milicia. La gente que deshonoraba á esta noble institución salió del servicio, separada sin contemplaciones. Hoy los oficiales son jóvenes pundonorosos en su mayor parte, tienen barniz social, estudian en Planteles técnicos y poseen, aunque sea superficialmente, nociones de disciplina, de honor y de patria. Muchos de los viejos castos de cuartel han sido arrojados á la cocina. Ya casi no hay analfabetos militares; pero quedan todavía, en unos pocos rincones del escalafón respectivo, rezagos de crimen, de ignorancia y de ruina, que irán desapareciendo.

Haced historia retrospectiva. El cuadro sombrío está atrás. Os acordáis de los militares que no sabían leer ni escribir, de los cocineros y ordenanzas ascendidos, de los siervos de la gleba con charreteras, de la gente de grado que usaba sable? Esto era el primer siglo, cuando los oficiales requi-

saban acémilas, manchaban los hogares, robaban en los caminos vivían de la chismografía y de la adulación, especulaban con todo tenían plazas supuestas para san- grar al Erario; cuando los solda- dos andaban casi desnudos; quan- do eran azotados brutalmente cuando seguían el pésimo ejemplo de sus jefes; cuando vivían en pocilgas, sin luz, sin aire. No creais que exajero. Lástima que no pueda citar nombres ni hechos más tenebrosos. Esto era antier en la noche del vicio en los cuar- teles. La aurora asomó ayer y los últimos jirones de sombra van disipándose para no volver jamás.

Notable es el florecimiento de Ejército. Ha entrado en la co- munion de la sociedad y su rango se ha puesto en el lugar honroso que merecía. Da gusto contem- plar á los batallones bien disci- plinados, robustos por la diaria gimnasia y equipados á la mo- derna.

El General Plaza ha procurado implantar el estímulo en el Ejér- cito. Con menos ascensos se ha- bría conseguido del todo esta as- piración. Mientras más difícil es llegar á la cumbre, más honroso es el ascenso. Subir en globo ó en funicular no es gracia. La meta sólo tocan los esforzados.

gladiadores en la arena del mérito propio. Vulgarizar el premio es matar su importancia.

Cierto es que, relativamente, ha habido prodigalidad de ascensos, entre la juventud de preferencia. Ignoramos el móvil que haya tenido el Sr. General Plaza para proceder así, contra sus profundas convicciones, manifestadas con valentía en muchas circunstancias y consignadas en documentos públicos, verbi gracia, en el Discurso que pronunció en el Colegio Militar, en el acto solemne de entregar los diplomas á los caballeros Cadetes de este simpático Instituto técnico.

"La milicia, dijo, debe ser escala trabajosa y alta, por la cual se suba poco á poco, dejando en cada peldaño algo de nuestro sudor y unos días de nuestra vida; á lo largo de la cual nos acompañen la Ciencia, el Valor y un poco de esa ambición generosa que nos hace mirar á la cumbre, pocas veces accesible, pero codiciada siempre!"

"Y que los hombres de ciencia, de historia militar, añadió, vengan á suplir en nuestro escalafón la nómina de los que hemos llegado arriba por el valor quizá, pero con impericia ó mediante las improvisaciones revolucionarias ó por

años de ocio en el fondo de los cuarteles.”

Los ascensos á porrillo nos repugnan. No los justificamos nunca.

Su breve período presidencial, cuatro años apenas, después de una atmósfera de campamento y de una porfiada contienda civil, hará época en los anales de nuestra vida republicana.

Gobernó sin abusos, sin mordaza, sin policía secreta, sin facultades extraordinarias y hasta sin centinelas en su Palacio, mucho menos en su casa. Desafió la opinión pública sin comprar plumas venales.

Deja monumentos imperecederos: sus mensajes llenos de ruda franqueza, de vigor y de saludable doctrina. Ahí están, para que la Historia los juzgue mañana. Hizo papel de apóstol, y predicó sin miedo. Si la ley le mandaba una cosa, él sabía cumplirla, aunque en la mitad del sendero tropezase con una montaña ó hallase obstrucciones tan grandes como un templo. Joven con bríos para la lucha, ha combatido sin componendas, tremolando siempre la bandera tricolor. Ha inspirado simpatías y se ha conquistado

espontáneos afectos. Un extranjero, escritor desequilibrado, le llamó cierta ocasión *traidor*. El anatema no hizo eco, ni afuera ni adentro, y le defendieron hasta que sus mismos enemigos no cegados por la sucia política.

¿Traidor á qué? ¿A la Patria? Consta que la ha servido con desvelo.

¿A su credo? No hemos olvidado su propaganda doctrinaria.

¿A la virtud? No ha formado esclavos, no ha fomentado el vicio ni se ha rodeado de gente corrompida. Recuérdese que prohibió se santificara á Baco, en el único día de descanso para el obrero, á fin de que se consagrara al hogar antes que al alcohol.

¿A la honradez? No ha consentido que ninguno saqueara las arcas fiscales, no ha dado gangas á nadie, no ha gustado de fiestas y banquetes, ha vivido pobre.

¿A la paz? En la nación se ha gozado de ella; y, amando la internacional, ha bregado por el arbitraje á banderas desplegadas.

¿A sus amigos? Subió contra el torrente de los poderosos que le obligaron renunciara el cargo, porque, de aceptar la presidencia, *más le valiera no haber nacido*; son palabras sacramentales. Soportó los denuestos de tantos que

le voltearon caras; no encarceló á nadie; sacó de la obscuridad á algunos ingratos; rodeó de prestigio á muchos ambiciosos; socorrió á sus contrarios; pagó las deudas de los que más le insultaron; fué culto hasta con sus diarios difamadores. Si no pudo contentar á todos, si no sació la sed de los codiciosos, si no favoreció las locas pretensiones, claro es que los que se decían sus amigos, le echarían la zarpa del tigre, movidos del despecho.

Nada le debemos los que, á la ligera, trazamos estas líneas. No visitamos su casa nunca en busca de favores, pero ni siquiera por cortesana disculpable. En la esfera de nuestros deberes, procuramos cumplirlos, sin decir esta boca es mía, ni con la lisonja ni con la queja del avaro. Por lo mismo, las observaciones que acabamos de hacer son ingenuas.

La administración del Sr. General Dn. Leonidas Plaza Gutiérrez fué honrada, laboriosa, liberal y sincera, á pesar de los negros nubarrones de la calumnia, de las cotidianas tempestades del odio y la diatriba, que los proterbos han desencadenado sobre la

cabeza del más republicano de los magistrados de la querida tierra ecuatoriana.

Errores y faltas habría seguramente, como es propio de los actos humanos, porque la perfección es vocablo proscrito de la tierra; pero de esos errores y de esas faltas no se ha de venir despiadadamente á este único resultado: la eterna condenación.

¿Por qué? El juez camina despacio, sereno y radioso.

La exposición está concluida...

Hasta tanto, *esperemos* el fallo de la Historia.

Así como el ciclo gubernativo que empieza se caracteriza con un enorme signo de interrogación, de idéntica manera el laudo supremo del que ha concluido es obra del tiempo.

Nada se puede prejuzgar,

Aguardemos.



